Don Pedro Calderón de la Barca

A secreto agravio secreta venganza

Tragedia en tres actos y en verso

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1915

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/secretoagraviose00cald

A SECRETO AGRAVIO
SECRETA VENGANZA

Esta obra es propiedad de su refundidor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por el refundidor para "Teatro Mundial".

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

A secreto agravio secreta venganza

Tragedia en tres actos y en verso

de

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Refundida por

Tomás Luceño

Estrenada en el teatro Español, de Madrid, inaugurando la temporada de 1912-1913

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

REPARTO

Personajes	Actores
DOÑA LEONOR (dama)	Doña Matilde Moreno.
SIRENA (criada)	» Mercedes Sampedro.
DON LOPE DE ALMEIDA . . .	Don Francisco Fuentes.
DON LUIS DE BENAVIDES . . .	» Luis Echaide.
DON JUAN DE LARA	» Pedro Cabré.
EL REY DON SEBASTIÁN . . .	» Manuel Soto.
DON BERNARDINO (viejo) . . .	» Fernando Estrella.
EL DUQUE DE BERGANZA . . .	» Germán Sylas.
MANRIQUE (criado)	» Pedro Sepúlveda.
CELIO (ídem).	» Enrique Navarro.
UN BARQUERO	» Rafael Calvo.

Marineros, gente del pueblo y soldados.

La escena, en distintos puntos de Portugal, que serán indicados al principio de los respectivos actos y cuadros.

Epoca: julio de 1578.

Derecha e izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

Telón corto. Vista exterior de una quinta del rey, cercana a Lisboa.

ESCENA PRIMERA

DON LOPE DE ALMEIDA y MANRIQUE, ambos en traje de camino.

LOPE. (Dirigiéndose al primer término izquierda.)
¡Eterno dure ese laurel divino
que colocó en tus sienes el destino,
y sea tu persona
firme sostén de tu real corona,
que Portugal, prendado
de tu saber inmenso, te ha otorgado;
que el amor de los pueblos, no las leyes
es el que hace los reyes;
¡aunque tú, por amor y por la ley,
fuiste de Portugal nombrado rey!
(Volviendo al proscenio.)
¡Ay, Manrique! no sabes qué dichoso,
nuestro monarca, amable y generoso,
acábame de hacer.

MANRIQUE ¿Qué le has pedido,
o, sin pedirlo tú, te ha concedido?
¿Hate acaso nombrado
de su real servidumbre? ¿Hate otorgado
hábito o encomienda,
para que el mundo entienda
que provienes de nobles ascendientes,
y que nunca tuviste en tus parientes,
azotado, ni ahorcado, ni ventero,
que impida que el rey te haga caballero?

608567

LOPE ¡Una merced más alta me concede
su corazón magnánimo, que excede
a todo cuanto el labio pronunciara!

MANRIQUE Habla, por Dios: ¿no miras en mi cara
de la curiosidad el fiel trasunto?
Criado no curioso, está difunto,
y amo que no confía su secreto
al que le sirve bien, es indiscreto,
que en más de una ocasión, el buen criado
a su señor de apuros ha sacado.

LOPE De la ventura con que el cielo quiso
convertir mi existencia en paraíso
sabedor he de hacerte, que el que cuenta
sus dichas, las aumenta,
y tantas veces como son contadas
parece que las goza duplicadas.
Llegando a mi noticia que el rey vino
a ésta su quinta, le salí al camino,
a demandar de su real clemencia
una breve licencia
(puesto que hace muy poco estoy casado)
para dejar a un lado
el servicio de Marte valeroso
y consagrarme a ser atento esposo,
por el tiempo no más que sea prudente;
porque a mi honor no fuera conveniente
el término extender de mi alegría,
no lo achacase el mundo a cobardía.
Y cuando yo temí que el rey me oyera
con desagrado, habló de esta manera:
«Estimo vuestro gusto y vuestro aumento
y me alegro de vuestro casamiento.
Y a no estar ocupado
en la guerra que en Africa he intentado,
fuera, don Lope, yo el primer testigo
de la dicha del noble y del amigo.»

MANRIQUE ¡El júbilo me explico cuerdamente!

LOPE ¡Por eso he de pedir a Dios clemente
que eterno sea aquel laurel divino
que colocó en sus sienes el destino,
y sea su persona
firme sostén de la real corona!

ESCENA II

Sale por la derecha DON JUAN, en traje de hidalgo pobre.

JUAN (Para sí.) ¡Cuán diferente pensé
volver a ti, patria mía,
aquel desgraciado día
que tus umbrales dejé!
¡Quién no te hubiera pisado!
Mil veces es preferido
adonde no es conocido
vivir el que es desdichado.
Gente hay aquí, no es razón
que me vean cual me veo.
(Trata de ocultarse.)

LOPE Aguárdate. No lo creo. (A Manrique.)
¿Es verdad, o es ilusión?
¡Don Juan!

JUAN ¡Don Lope!

LOPE Dudoso
de tanta dicha, mis brazos
han suspendido sus lazos. (Quiere abrazarle.)

JUAN (Rechazándole suavemente.)
Deteneos, que es forzoso
rechace, aunque con respeto,
a quien valor y honra tiene,
que hombre que tan pobre viene
no es digno de tal sujeto.
En vos se ve la riqueza
propia de vuestra hidalguía,
¡y nunca fué la alegría
amiga de la tristeza!

LOPE En cambio, si la fortuna
da humanos bienes del suelo,
el cielo un amigo da
como vos; ¡ved lo que va
desde la fortuna al cielo!
(Lo estrecha entre sus brazos. A esta manifestación de cariño responde don Juan con cierta tristeza respetuosa. Con tono alegre.)
Y ahora decid, vive Dios,

de dónde venís y a qué.
En las Indias os dejé
y no supe más de vos...

JUAN En uno de aquellos puertos
enterré mi corazón,
perdí la paz de mi alma
y mi ventura murió.
Conocí allí una señora,
ángel dijera mejor...
Era hermosa, era discreta;
y aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.
Una mañana, este astro
de tan vivo resplandor,
fué a la playa a ver la nave
que en aquel día llegó,
cuando al pasar ante un corro
de gente de buen humor,
uno dijo: «Hermosa prenda»;
a quien otro contestó:
«Hermosa, mas, como hermosa,
ha escogido lo peor.»
Yo, entonces, dije: «Ninguno
ha logrado su favor,
porque no hay quien lo merezca,
y si hay alguno, soy yo.»
«Mentís», replicóme...

LOPE (Interrumpiéndole.) Tengo
pruebas de vuestro valor,
y no me hace falta oíros
cual fué la contestación.

JUAN Bien me conocéis, don Lope...
Mi espada, entonces, veloz,
pasó de la vaina al pecho
del arrogante ofensor
con tal rapidez, que a todos
los presentes pareció
que imitaron trueno y rayo
juntas mi espada y su voz.
Bañado en su propia sangre,
muerto en la arena quedó:

En el derecho de asilo
encontré mi salvación,
porque una iglesia cercana
piadosas puertas me abrió.
¡ Fué mi morada un sepulcro !...
¡ Mirad que contradicción !
¡ Siendo el muerto mi enemigo,
el sepultado era yo !
Al cabo de los tres días,
por amistad y favor,
el capitán de la nave
que antes dije, me acogió ;
y a Portugal he llegado,
a donde tan pobre estoy,
que dudo entrar en Lisboa...
Estas mis desgracias son :
ayer tristes y hoy alegres,
pues me dieron ocasión
de abrazaros, si merece
un infelice, de vos,
¡ oh gran don Lope de Almeida !
tanta merced, tanto honor.

LOPE Dichoso puede llamarse
aquel que en el acto deja
como vos, limpia su honra
y castigada su ofensa.
Vos estáis triste, yo alegre :
partamos la diferencia
entre los dos, y poniendo
a un temple dicha y tristeza,
queden en igual balanza
mi alegría y vuestra pena,
porque el pesar y el placer
matar a ninguno pueda.
Yo me he casado en Castilla,
por poder, con la más bella
señora (para ser propia
es lo menos la belleza),
con la más noble, más rica,
más virtüosa y más cuerda
que pudo en el pensamiento
hacer dibujos la idea.

Dentro de pocos instantes
estará en Aldea-gallega,
donde a recibirla salgo,
mi corazón puesto en ella...
En la pintoresca orilla
un barco mío la espera,
sobre las olas meciéndose
inquieto al ver que no llega,
que aquel que aguarda un tesoro
vive lleno de impaciencia.
De allí a Lisboa partimos...
No os dé temor, no os dé pena
venir pobre: rico soy:
mi honor, mi vida, mi hacienda
todo es vuestro. Consolaos
con que la fortuna os deja
un amigo verdadero,
y que no ha tenido fuerza
contra vos quien no os quitó
ese valor que os alienta,
ese alma que os anima
y este brazo que os defienda.
Venid, pues, a ser testigo
de la dicha que me espera. (Medio mutis.)

JUAN — Ved mi traje: sentiría
deslustrar vuestra nobleza,
porque el mundo, no la sangre,
sino el vestido respeta.

LOPE — Ese del mundo es engaño,
que no ve ni considera
que al cuerpo le viste el oro,
pero al alma la belleza.

(Le abraza nuevamente y vanse derecha, seguidos de Manrique, que hace mutis, después de los siguientes versos:)

MANRIQUE — ¿No es cosa que mueve a risa
y de la que hay que burlarse,
que un hombre para casarse
lleve tantísima prisa?
Pues si hoy, que se va a casar,
de la tardanza se queja,

¿qué deja que hacer, qué deja
para el caso de enviudar? (Mutis derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Campo a todo foro, cerca de Aldea-gallega. A la izquierda, segundo término, un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR y SIRENA, en traje de camino.

BERNAR. En la falda lisonjera
de este monte coronado
de flores, donde ha llamado
a Cortes la primavera,
puedes descansar, en tanto,
bella Leonor, que dichoso
llega don Lope, tu esposo.
Y suspende el dulce llanto,
aunque no es gran maravilla
que, con sentimiento igual,
a vista de Portugal
te despidas de Castilla.

LEONOR Ilustre don Bernardino
de Almeida : mi tierno llanto
no es ingratitud a tanto
honor como me previno
la suerte y la dicha mía.
Viendo tan cercano el bien,
gusto ha sido, que también
hay lágrimas de alegría.

BERNAR. Discreta contestación
por mi parte es aceptada,
que aunque ella fuese inventada
es muy noble la intención.

Quédate aquí a descansar,
que el camino es fatigoso,
y a recibir a tu esposo
yo me quiero adelantar,
porque si él es tu alegría
tendré un placer sobrehumano
en traerte por mi mano
el bien que tu pecho ansía.

LEONOR Está bien : aquí os espero,

BERNAR. ¡ El cielo guarde tu vida !...

LEONOR Acelerad la venida,
que ya de impaciencia muero.

(Don Bernardino hace una cortesía y vase por la izquierda.)

ESCENA II

DOÑA LEONOR y SIRENA.

LEONOR (Mirando con recelo a todas partes.)
¿Oyenos alguien?

SIRENA Sospecho
que estamos solas las dos.

LEONOR (Sentándose, afligida, en un banco que habrá a la izquierda, segundo término.)
¡ Pues salga mi pena, ¡ ay Dios !
de mi vida y de mi pecho !
¡ Salga en lágrimas deshecho
el dolor que me provoca,
el fuego que al alma toca,
remitiendo sus enojos
en lágrimas a los ojos
y en suspiros a la boca !

(Se lleva el pañuelo a los ojos.)

SIRENA ¿Qué dices, señora? Advierte
en tu peligro y tu honor.

LEONOR ¿Tú que sabes mi dolor,
tú que conoces mi muerte,
me riñes de aquesta suerte?
¿Tú de mi llanto me alejas?
¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA Tu inútil queja escuchando
estoy.

LEONOR ¡Ay, Sirena! ¿Cuándo
son inútiles las quejas?
Quéjase una flor, constante,
si el aura sus hojas hiere
cuando el sol caduco muere
en túmulos de diamante.
Quéjase un monte arrogante
de las injurias del viento;
si éste le ofende violento;
y el eco, ninfa vocal,
cuando aquél dice su mal,
repite el último acento.
Quéjase porque amar sabe
una hiedra si perdió
el duro escollo que amó,
y, con acento suave,
se queja una simple ave
del que la cogió a traición.
Quejándose en la prisión
su pena aliviar pretende,
que al fin la queja se entiende,
pues sale del corazón.
Quéjase el mar a la tierra
cuando en lenguas de agua toca
los labios de opuesta roca.
Quéjase el fuego, si encierra
rayos que al mundo hacen guerra...
¡Qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento
si se quejan monte, piedra,
ave, flor, eco, sol, hiedra,
tronco, rayo, mar y viento!

SIRENA ¿Pero qué remedio así
consigues, desesperada?
Don Luis muerto y tú casada,
¿qué pretendes?

LEONOR ¡Ay de mí!
Dí, Sirena amiga, dí
don Luis muerto y muerta yo.
Pues si el cielo me forzó

me verás, aunque con calma,
sin gusto, sin ser, sin alma,
muerta, sí, casada, no.
Lo que yo una vez amé,
lo que una vez aprendí,
podré perderlo, ¡ ay de mí !
olvidarlo no podré.
¿Olvido donde hubo fe?
Miente amor. ¿Cómo se hallara
burlada verdad tan clara?
¡ Pues la que constante fuera
no olvidara si quisiera,
no quisiera si olvidara !

ESCENA III

Dichas y MANRIQUE, muy ceremonioso, por la izquierda.

MANRIQUE (Poniéndose delante de Leonor y quitándose el sombrero.)
Dichoso yo, que he llegado
el primero a tu presencia ;
te hago, pues, la reverencia
propia de todo criado.
¡ Pídote albricias, señora,
por mi prisa en saludarte,
para decirte, de parte
de mi señor, que te adora !

LEONOR Toma, regalarte quiero. (Le da una joya.)

MANRIQUE (Examinándola con regocijo y colocándosela en el dedo índice.)
Dios bendiga tu largueza,
que la joya es linda pieza,
¡ aunque no es malo el *joyero* !
(Por sí mismo.)

ESCENA IV

DON BERNARDINO, DON LUIS, en traje de mercader, con una pequeña caja en la mano, y CELIO, que se queda lejos de DOÑO LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. Salen aquéllos por la izquierda.

LUIS (A don Bernardino.)
Soy mercader y trato en los diamantes,
que hoy son piedras y rayos fueron antes
del sol, que perfecciona e ilumina
rústico grano en la abrasada mina.
(Indicando a Leonor.)
Supe que va casada o a casarse,
y como suele en bodas emplearse
este caudal más bien, porque las bodas
en la gala y la joya empiezan todas,
enseñaros quisiera algunas de ellas,
que no son más lucientes las estrellas.

BERNAR. La prevención y la advertencia ha sido
acertada; a buen tiempo habéis venido,
pues yo, por divertirla y alegrarla,
que está triste, una joya he de feriarla.

LUIS Llevadla, mi señor, para bastante
prueba de mi verdad, este diamante.
(Le entrega una sortija y don Bernardino se dirige a doña Leonor.)

BERNAR. Aquí, divina Leonor,
ha llegado un mercader
en cuya mano has de ver
joyas de grande valor,
ricas, costosas y bellas.
Distrae un poco el pesar,
que yo te quiero feriar
la que te agradare de ellas.
Y en prueba de que es verdad
toma un diamante... (Se lo da.)

LEONOR (¡Qué veo!)

BERNAR. ¿Te complace?

LEONOR (Aun no lo creo.
¡Dios mío, tened piedad!

Este diamante es el mismo...)

(A Bernardino.)

Decid que llegue... Sirena,
sáqueme amor de esta pena,
de este encanto, de este abismo.
Este diamante que ves,
luz que con el sol la mides,
di a don Luis de Benavides,
prenda suya y mía es...

LUIS (Acercándose, después de haber hablado en voz baja con don Bernardino.)

Traigo joyas que vender
de innumerable riqueza :
y, entre otras, *una firmeza*
que os ha de satisfacer ;
de ella, señora, sospecho
que adorne esa bizarría,
si es que la *firmeza* mía
llega a verse en vuestro pecho.
Un *Cupido de diamante*
traigo de grande valor ;
que quise hacer al amor
de material semejante,
porque labrándole así,
cuando alguno le culpara
de *vario* y *fácil*, le hallara
firme solamente en mí.
Un corazón traigo, en quien
no hay piedra falsa ninguna ;
sortijas bellas, y en una
unas memorias se ven.
Una *esmeralda* traía ;
me la robó en el camino
alguien, por lo que imagino,
que de esperanzas vivía.
Estaba con un zafiro,
mas la esmeralda llevaron
solamente, y me dejaron
esta piedra azul que miro.
Y así dije en mis desvelos :
«¿Cómo, con tanta venganza,
me llevasteis la esperanza

para dejarme los celos?»
Si gusta vuestra belleza,
descubriré por más glorias,
el *corazón*, las memorias,
el *amor* y la *firmeza*.

LEONOR Aunque vuestras joyas son
tales como encarecéis,
para mostrarlas habéis
llegado a mala ocasión.
Y yo, en ver su hermoso alarde,
contento hubiera tenido
si antes hubierais venido,
pero habéis venido tarde.
¿Qué se dijera de mí
si cuando casada voy,
si cuando esperando estoy
a mi noble esposo, aquí
pusiera, no mi tristeza,
sino mi imaginación
en ver ese *corazón*,
ese *amor* y esa *firmeza*?
No las mostréis; que no es bien
que, tan sin tiempo miradas
agora, desestimadas
memorias vuestras estén.
Y tomad vuestro diamante,
que ya sé que pierdo en él
una luz hermosa y fiel,
al mismo sol semejante.
No culpéis la condición
que en mí tan esquiva hallasteis;
culpaos a vos, que llegasteis
sin tiempo y sin ocasión.

MANRIQUE (Llamándoles la atención hacia la derecha.)
Don Lope llega: mirad.

BERNAR. ¡A recibirle lleguemos! (Vase.)

MANRIQUE (Yéndose tras él.)
Callen todos y escuchemos
la primera necedad.
Hombre a quien su novia place,
la dice, en sus alegrías

de novio, mil tonterías,
y de casado, las hace. (Vase derecha.)

ESCENA V

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA y CELIO.

LUIS ¿Qué me podrás responder,
mujer fácil y liviana,
mudable, inconstante y vana,
y mujer, en fin, mujer,
que pueda satisfacer
a tu mudanza y olvido?

LEONOR Haber tu muerte creído,
haber tu muerte llorado,
causa a mi mudanza ha dado,
que a mi olvido no ha podido;
pues cuando te llego a ver,
a no estar ya desposada,
vieras hoy, determinada,
si soy mudable o mujer.
Desposéme por poder...

LUIS Y bien por *poder* se advierte:
por *poder* borrar mi suerte,
por *poder* robar mi calma,
por *poder* quitarme el alma,
por *poder* darme la muerte.
Esta dices que creíste,
y no fué vana apariencia,
que si creíste mi ausencia
es lo mismo, bien dijiste.

LEONOR Responder no puedo. ¡Ay, triste,
que presto estará conmigo
no mi esposo, mi enemigo!
Mas porque me creas fiel,
cuanto yo le diga a él
es a ti a quien se lo digo.

(Retírase don Luis a un lado.)

ESCENA VI

Dichos y DON LOPE, DON BERNARDINO y MANRIQUE.

LOPE — Cuando la fama en lenguas dilatada
vuestra rara hermosura encarecía
por fe os amaba yo, por fe os tenía,
Leonor, dentro del alma idolatrada.
Cuando os mira suspensa y elevada
el alma que os amaba y os quería,
culpa a la imagen de la fantasía,
que sois vista mejor que imaginada.
¡Vos sola a vos podéis acreditaros:
dichoso aquel que llega a mereceros
y más dichoso si llegó a estimaros!
Mas, ¿cómo he de olvidaros ni ofenderos?
Que quien antes de veros pudo amaros,
mal os podrá olvidar después de veros.

LEONOR — (Dando intención a todas las frases para que sean comprendidas por don Luis.)
Yo me juzgué rendida antes que os viese
y vivo y muerto sólo en vos estaba,
porque sólo una sombra vuestra amaba:
pero bastó que sombra vuestra fuese.
¡Dichosa yo mil veces si pudiese
amaros como el alma imaginaba!
Que la deuda común así pagaba
la vida, cuando humilde se rindiese.
Disculpa tengo cuando, temeroso
y cobarde, mi amor llegó a miraros,
si no pago un amor tan generoso.
De vos y no de mí podéis quejaros,
pues aunque yo os estime como a esposo
es imposible, como sois, amaros.

LOPE — Ahora, tío y señor,
dadme de nuevo los brazos.

BERNAR. — Y serán eternos lazos
de deudo, amistad y amor;
y porque no culpe ahora
la dilación, a embarcar
nos lleguemos.

LOPE (Amorosamente a Leonor.) ¡Hoy el mar
segunda Venus adora!
(Vanse por la derecha don Lope, Leonor, Manrique y Sirena.)

ESCENA VII

DON LUIS y CELIO.

CELIO Señor, ya que de esta suerte
encuentras tu desengaño,
vuelve en ti, repara el daño
de tu vida y de tu muerte.
Ya no hay estilo ni medio
que tú debas elegir.
LUIS Sí hay, Celio.
CELIO Dí, ¿cuál?
LUIS Morir,
que es el último remedio.
Muera yo, que vi casada
a Leonor, pues que Leonor
dejó burlado mi amor
y mi esperanza burlada.
Mas ¿qué me podrá matar,
si los celos me han dejado
sin vida? Aunque mi cuidado
me pretende consolar
dándome alguna esperanza;
¡pues cuando a su esposo habló
conmigo se disculpó
de su olvido y su mudanza!
CELIO ¿Que se disculpó contigo?
¿Te haces esas ilusiones?
LUIS Medita bien sus razones:
verás si hablaba conmigo. (Decidido.)
¡Siga mi suerte atrevida
su fin contra tanto honor,
porque he de amar a Leonor
aunque me cueste la vida!
(Vase resueltamente por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Lope, amueblada con todo el carácter de época que sea posible. Puertas laterales y una en el foro. A la derecha, una mesa con sillón.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y SIRENA, por la primera derecha.

LEONOR Esto, Sirena, es forzoso.
Declárese mi rigor,
porque mi vida y honor
no míos, son de mi esposo.
Dile a don Luis, ya que es
principal, noble y honrado,
por español y soldado,
obligado a ser cortés,
que en mis lágrimas bañada
vuelvo a pedirle se vuelva
a Castilla y se resuelva
a no hacerme mal casada;
porque, fiera y ofendida,
si no lo hace, vive Dios,
que podrá ser que a los dos
nos venga a costar la vida.

SIRENA De esa suerte le diré
si puedo velle y hablalle.

LEONOR ¿Cuándo falta de la calle?
Mas no hables en ella; vé
a buscarle a la posada.

SIRENA Voy; pero a mucho te atreves.

(Vase segunda izquierda.)

ESCENA II

LEONOR y DON LOPE, que sale muy pensativo por el foro

LOPE (¡Ay honor, mucho me debes
en esta triste jornada!)
(Transición al ver a Leonor.)
¡Mi Leonor!

LEONOR ¡Esposo mío!
¿Vos tanto tiempo sin verme?
¡Quejoso vive el amor,
de los instantes que pierde!

LOPE Si en vos el amor es ciego,
en mí es mudo, y de esta suerte,
si os amo en silencio, hablando
pudierais corresponderme.

LEONOR ¡Triste os encuentro, señor!
Bien poco mi pecho os debe,
o yo le debo muy poco,
pues vuestro dolor no siente.

LOPE El famoso Sebastián,
nuestro rey, que viva siempre,
heredero de los siglos
a la imitación del fénix,
hoy al Africa hace guerra.
No hay caballero que quede
en Portugal; que a las voces
de la fama, nadie duerme.
Quisiérale acompañar
en la jornada; y por verme
casado no me he ofrecido
hasta que licencia lleve
de tu boca, Leonor mía.
Esta merced has de hacerme,
en este caso has de honrarme,
y este gusto he de deberte.

LEONOR Vos ausente, dueño mío,
y por mi consejo ausente,
fuera pronunciar yo misma
la sentencia de mi muerte.
Idos vos, sin que lo diga

mi lengua ; pues que no puede
negaros la voluntad
lo que vuestro honor pretende.
Mas porque veáis que estimo
vuestra condición valiente,
ya no quiero que el amor,
sino el valor me aconseje.
Servid hoy a Sebastián,
cuya vida el cielo premie ;
que no quiero que se diga
que las cobardes mujeres
quitan el valor a un hombre
cuando es razón que le aumenten.
Esto el alma me aconseja,
el alma que tanto os quiere.
Mas como ajena lo dice
si como propia lo siente. (Vase derecha.)

ESCENA III

DON LOPE y DON JUAN, que sale por la primera izquierda.

LOPE Don Juan, ¿habéis escuchado?
JUAN Escuchado no ; es hacerme
grave ofensa ; mas oíla
al venir aquí. Bien pueden
lenguas y plumas decir
que su raza no desmiente.
LOPE ¿Y vos, qué me aconsejáis?
JUAN Yo, don Lope, de otra suerte
os respondiera.
LOPE Decid.
JUAN Quien ya colgó los laureles
de Marte y en blanda paz
ciñe de palma las sienes,
¿para qué otra vez, decidme,
ha de limpiar los paveses
tomados de orín y polvo
en que ahora yacen y duermen?
Yo iría, que justo fuera,
a no estar, por triste suerte,

retirado y escondido;
y no es razón ofrecerme,
porque a los ojos del rey
llega mal un delincuente.
Si esto me disculpa a mí,
en vos más disculpa tiene,
porque fuísteis ya soldado.
Quedaos aquí, creedme,
aunque un hombre os acobarde
y una mujer os aliente. (Vase foro.)

ESCENA IV

DON LOPE.

¡Válgame Dios! ¿Quién pudiera
aconsejarme, prudente,
si en la ocasión hay alguno
que a sí mismo se aconseje?
¡Que tenga el honor mil ojos
para ver lo que le pese,
mil oídos para oirlo,
y una lengua solamente
para quejarse de todo!
Mas no sé por dónde empiece;
que como, en guerra y en paz,
viví tan honrado siempre,
para quejarme ofendido
no es mucho que no aprendiere
razones; porque ninguno
previno lo que no teme.
¿Osará decir la lengua
qué tengo? Lengua, detente,
no digas que tengo celos...
Ya lo dije, ya no puede
volverse al pecho la voz.
¡Válgame Dios! ¿Quién es este
caballero castellano
que a mis puertas está siempre,
y, a mis umbrales clavado,
estatua viva parece?

¡Santo cielo! ¿Qué será
darme Leonor fácilmente
licencia para ausentarme
y, con un semblante alegre,
no sólo darme licencia,
sino decirme y hacerme
discursos tales, que aun ellos
me obligaran a que fuere,
cuando yo no lo intentara?
Y ¿qué será, finalmente,
decirme don Juan de Silva
que de Leonor no me ausente?
¿En más razón no estuviera
que aquí mudados viniesen
de mi amigo y de mi esposa
consejos y pareceres?
¿Y que don Juan me animase
y Leonor me detuviese?
Sí, mejor fuera, mejor,
pero ya que el cargo es éste,
pensemos en el descargo;
cielos, que el honor no quiere
por tan sutiles discursos
condenar injustamente.
¿No puede ser que Leonor
tales consejos me diese
porque, quedándome yo,
mi opinión no padeciere?
Bien puede ser, pues que dice,
que da el consejo y lo siente.
¿No puede ser que don Juan
que me quedase dijese
por parecerle que estaba
excusado, y parecerle
que es dar disgusto a Leonor?
Sí, puede ser. Y ¿no puede
ser también que este galán
mire a parte diferente?
Y, apretando más el caso,
cuando sirva, cuando espere,
cuando mire, cuando quiera,
¿en qué me agravia ni ofende?

Leonor es quien es, y yo
soy quien soy, y nadie puede
borrar fama tan segura
ni opinión tan excelente.
Pero sí puede, ¡ay de mi!
que al sol, claro y limpio siempre,
si una nube no le eclipsa,
por lo menos se le atreve;
si no le mancha, le turba,
y, al fin, al fin le obscurece.
¿Hay, honor, más sutilezas
que decirme y proponerme?
¿Más tormentos que me aflijan,
más penas que me atormenten,
más sospechas que me maten,
más temores que me cerquen,
más agravios que me ahoguen,
y más celos que me afrenten?
No. Pues no podrás matarme
si mayor poder no tienes;
que yo sabré proceder
callado, cuerdo y prudente,
advertido, cuidadoso,
solícito y asistente,
hasta tocar la ocasión
de mi vida o de mi muerte.
Y en tanto que ésta se llega,
¡valedme, cielos, valedme!

(Vase segunda izquierda.)

ESCENA V

DOÑA LEONOR. Sale por la primera derecha y se dirige agitadamente a la puerta del foro, observando desde ella con gran incertidumbre.

A Sirena vi llegar
y quiero salirle al paso...
En inquietudes me abraso,
porque al fin vine a pensar
que aumenté mis desventuras

a don Luis aquí llamando...
pero amor es loco, y ¿cuándo
se cansó de hacer locuras?

ESCENA VI

Dichas y SIRENA, que entra por el foro, con manto.

LEONOR Sirena.
SIRENA ¡Señora mía!
LEONOR ¡Cuánto tu ausencia me cuesta!
¿Hablástele?
SIRENA Y la respuesta
en este papel te envía.
Y de palabra me dijo
que si él una vez te hablara
él se fuera y te dejara.
LEONOR Ahora mucho más me aflijo.
¿Para qué el papel tomaste?
SIRENA Para traerte el papel.
LEONOR (¡Ay, pensamiento cruel,
qué fácil entrada hallaste
en mi pecho!)
SIRENA Pues importa
que lo tomes y lo leas.
LEONOR ¿Eso es bien que de mí creas?
La voz, Sirena, reporta...
He de abrasarle o romperle...
(¿Será torpe esta mujer
que aun no ha llegado a entender
que estoy muerta por leerle?)
SIRENA ¿Qué culpa tiene el papel
que viene mandado aquí,
señora, para que así
vengues tu cólera en él?
Mas cese tu incertidumbre;
no sufra tu honor, Leonor,
que si se empeña tu honor
iré yo a echarle a la lumbre. (Medio mutis.)
LEONOR (Deteniéndola con timidez.)
Espera..., que hay que pensar

que mi don Lope está en casa,
y si sabe lo que pasa...

SIRENA (Quiere hacerse de rogar,
y la voy a obedecer
como si no la entendiera...
Yo, en su caso, igual hiciera,
porque al cabo soy mujer.)
Si es que tú quieres romperle
por tus manos, bien podrías
(y así de él te enterarías)
romperle después de leerle.

LEONOR (Con fingida contrariedad.)
Vaya, qué pesada estás...
trae... (Le quita el papel.)
Pero sólo por ti
rasgo el nema... dice así:
Por darte gusto no más. (Lee.)
«Leonor, si yo pudiera obedecerte,
y pudiera olvidar, vivir pudiera:
fuera contigo liberal, si fuera
bastante yo conmigo a no quererte.
Mi muerte injusta tu rigor me advierte
si mi vida en amarte persevera;
¡pluguiera Dios, y de una vez muriera
quien de tantas no acierta con su muerte!
Que te olvide pretendes. ¿Cómo puedo
despreciado olvidar y aborrecido?
¿No ha de quejarse de dolor el labio?
Quiéreme tú, que, si obligado quedo,
yo olvidaré después favorecido;
que el bien puede olvidarse, no el agravio.»

SIRENA ¿Lloras leyendo el papel?
Son, en fin, pasadas glorias.

LEONOR Lloro unas tristes memorias
que vienen vivas en él.

SIRENA Quien bien quiere tarde olvida.

LEONOR Como el que muerte me dió
está presente, brotó
reciente sangre la herida.
Este hombre ha de obligarme,
con seguirme y ofenderme,
a matarme y a perderme,

que aun fuera menor matarme,
si no se ausenta de aquí.

SIRENA Pues tú lo puedes hacer.

LEONOR ¿Cómo?

SIRENA Oyéndole, que él dice
que en oyéndole una vez
se ausentará de Lisboa.

LEONOR ¿Cómo, Sirena, lo haré?
A trueque de que se vaya,
imposibles sabré hacer.

SIRENA Escucha, Leonor, atenta.
Ahora es el anochecer,
que es la hora más segura,
porque ni temprano es
para que a un hombre conozcan,
ni tarde para temer
que la vecindad lo note.
De mi señor, ya tú ves
que nunca viene a esta hora.
Don Luis no dudo que esté
en la calle : podrá entrar
a esta sala, donde habléis
los dos, y entonces podrás
decirle tu parecer.
Oyele lo que dijera
y obre fortuna después.

LEONOR Tan fácilmente lo dices,
que nada dejas que hacer
al temor, ni aun al honor
qué dudar ni qué temer.
Vé ya por don Luis. (Vase Sirena por el foro.)

ESCENA VII

DOÑA LEONOR, sola.

Amor,
aunque en la ocasión esté,
soy quien soy, vencerme puedo.
No es liviandad, honra es
la que en el trance me puso :
ella me ha de defender,

que cuando ella me faltara
quedara yo, que también
supiera darme la muerte
si no supiera vencer.

ESCENA VIII

DOÑA LEONOR. SIRENA y DON LUIS, por el foro. Sirena, durante el siguiente diálogo, se coloca en la puerta del foro como dispuesta a avisar si alguien viniera.

SIRENA Don Luis, aquélla es Leonor.
LUIS ¡ No es menester que lo digas ;
el resplandor de sus ojos
bien claro me comunica
que es Leonor, y de no serlo,
es aparición divina ! (Vase Sirena al foro.)
¡ Leonor !...
(Adelantándose y queriendo cogerle la mano. Leonor le rechaza suavemente.)
LEONOR Ya, don Luis, estáis
en mi casa, ya tenéis
la ocasión tan deseada.
Hablar aprisa, porque,
de mí misma temerosa
que os escucho sin deber,
parece que tengo al cuello
un apretado cordel,
como si el alma quisiera
castigar mi proceder.
LUIS Recordad, Leonor hermosa,
si es que olvidado lo habéis,
que en Toledo, vuestra patria,
os conocí y os amé
desde que en la Vega os vi
un día al amanecer,
pintadas flores cogiendo
de tan hermoso vergel ;
flores que si vuestra mano
hurtaba con avidez
al campo, las devolvía

vuestro diminuto pie,
porque al pisar en la tierra
brotaban allí otra vez.
Ya sabéis...

LEONOR Esperad, yo
seré más breve... Ya sé
que muchos días rondasteis
mi calle, y a mi desdén
constante siempre tuvisteis
amor firme y firme fe,
hasta que os favorecí.
¿Qué no han llegado a vencer
lágrimas de amor que lloran
los hombres que quieren bien?
Que tratamos de casarnos,
cuando os hicieron merced
de una jineta y tuvisteis
que marcharos con el rey
a Flandes...

LUIS Y en un asalto
que dimos, muerte cruel
halló un valiente soldado,
caballero aragonés,
de mi apellido, y aquesto
en Toledo hizo creer
que el muerto era yo...

LEONOR Y entonces
yo vuestra muerte lloré
como llora el que ha perdido
joyas de inmenso valer.
Hasta que al fin, atendiendo
a los consejos de quien
manda en mí, tuve que unirme,
como sabéis, por poder,
dando la mano, no el alma,
al que hoy ya mi esposo es...
Basta, don Luis... idos ya,
idos, compasión tened
de la que ha querido daros
cuenta de su proceder,
para que jamás pudierais
pensar que os ha sido infiel...

LUIS — Si tus razones son ciertas,
si no me engañas, me iré
a Flandes, donde una bala,
piadosa a mi padecer,
me arranque del corazón
el amor que te guardé...

SIRENA — Gente sube la escalera. (Azorada.)

LEONOR — ¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?
Obscura la sala está;
que aquí te quedes es bien,
porque a ti solo te hallen,
y cuando entre quien es
podrás irte... no a Castilla, (Suplicante.)
que ocasión habrá después
para acabar de quejarte.

SIRENA — Yo voy contigo también.

(Vanse las dos primera derecha. Sigue a obscuras la escena.)

ESCENA IX

DON LUIS y DON JUAN. Don Luis se emboza y aparta a un lado. Entra don Juan.

JUAN — (A tientas.)
¿Cómo a obscuras se halla el aposento?
Alguno en él está, pues ruido siento...
Responda el que lo hace, o por mi vida
que la suya ha de ver aquí rendida.
(Echa mano a la espada sin sacarla.)

LUIS — (A tientas.)
¡No encuentro la salida!

JUAN — ¿Ninguno me contesta? ¿No responde
el que en la obscuridad, traidor, se es-
(Saca la espada.) conde?
Pues, ya desenvainada,
lengua de acero, lo dirá mi espada.

LUIS — (Saca la espada y la cruza con la de don Juan. Breves momentos, porque al retroceder halla la puerta cel primer término izquierda, por donde desaparece después de decir lo que sigue.)

Hallé por donde...
¡En este cuarto puedo cobijarme
hasta ver el momento de escaparme!
(Desaparece luchando; e instantáneamente salen por segunda izquierda don Lope y Manrique. Don Lope desenvaina la espada y la cruza con la de don Juan, el cual cree que se está batiendo con don Luis.)

ESCENA X

DON JUAN, DON LOPE y MANRIQUE.

LOPE ¡Ruido de cuchilladas
y obscuro el aposento!
JUAN Aquí los pasos siento.
MANRIQUE Voy por luz. (Vase segunda izquierda.)
LOPE (Batiéndose.) ¡Aquí espadas!
¡Ya es fuerza que me asombre!
JUAN (Sin dejar de batirse.)
¡Os requiero otra vez: decid el nombre!
LOPE ¿Quién mi nombre pregunta?
JUAN (Sigue luchando.)
Os lo pregunto yo, que al fin sospecho
que abriré en vuestro pecho
mil bócas con la punta
de mi afilada espada. (Sigue la pelea.)
LEONOR (Dentro.) ¡Luces presto!

ESCENA XI

Dichos, LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. Sirena con un candelabro y éste con una tea.

LOPE ¡Don Juan! (Al ver a don Juan.)
JUAN (Asombrado.) ¡Don Lope!
LEONOR (Aterrorizada.) ¡Ay Dios!
LOPE ¿Pero qué es esto?
JUAN En esta sala entraba (Envainando.)
cuando un hombre salía.
LEONOR (Fingiendo confusión.)
Algún hombre sería
que robarla intentaba.

LOPE ¡ Hombre ! (Muy extrañad

JUAN Sí, y preguntando
quién era, la respuesta dió callando.

LOPE (Disimular conviene ;
no crean que yo puedo
tener tan bajo miedo
que mi valor condene.)
(Riéndose, pero sin dejar de notarse el esfuerzo
hace para disimular.)
¡ Bueno fuera, a fe mía,
mataros ! Yo era el mismo que salía,
que, tan desconocida
la voz, viendo que un hombre
me preguntaba el nombre
en mi casa, ofendida
la paciencia, y turbada,
callando di respuesta con la espada.

SIRENA Señor, ¡ quién lo dijese !
¡ Asómbranos a todos el suceso !

JUAN ¿Cómo puede ser eso,
si el que creo que fuese
dentro está? Cosa es cierta,
pues no pudo, al huir, ganar la puert
por donde vos entrasteis.

LOPE Juro y digo
que era yo...

JUAN (Dudando.) ¡ Pues la cosa es muy extrañ

LOPE (Impaciente.)
(¡ Cuánto a un hombre ultrajado estor
un ignorante amigo !) [y dai
(Violentándose para disimula
Si aseguráis, don Juan, que un homb
fuerte y determinado, [ha entrad
poneos a la puerta de la calle
para evitar que salga, y yo a buscalle
registrando la casa,
iré para saber qué es lo que pasa.

JUAN Con gusto os obedezco :
quiero saber si crédito merezco.
(Vase for

LOPE (Hoy seré, cuerdamente,
si es que ofendido soy, el más prudent

y en la venganza mía
tendrá ejemplar el mundo,
porque en callar la fundo.) (Reponiéndose.)
Ea, Manrique, guía
con esa luz...

MANRIQUE (Resistiéndose, pero obedeciendo, con la luz en la mano.) Voy algo receloso,
que no soy de los duendes muy goloso.
(Quiere entrar don Lope en el cuarto en que está don Luis, y Leonor se interpone resueltamente.)

LEONOR No entréis, señor, aquí; yo soy testigo
que aseguraros este cuarto puedo.

LOPE (Forcejeando con Leonor.)
¿De qué mostráis, entonces, tanto mie-
[do?

LEONOR (Entorpeciendo la entrada.)
Os juro que no hay nadie.

LOPE ¡Suelta, digo!
(A Manrique.)
Y tú, vete de aquí (que antes es dicha
que falte otro testigo a mi desdicha.)
(Le quita la tea a Manrique, el cual se va por la segunda izquierda. Don Lope, a pesar de la oposición de Leonor, entra en el ya mencionado cuarto violentamente, cerrando la puerta.)

ESCENA XII

DOÑA LEONOR y SIRENA.

LEONOR (Con desesperación.)
¡Ay, Sirena! ¡Qué suerte
es ésta tan airada!
estoy, desesperada,
por darme aquí la muerte.
(Mirando con ansiedad por la cerradura.)
¡Ya le ha visto don Lope: están hablan-
[do!...
¡Tal vez sangriento duelo concertando!
Ausentarme quisiera, mas no puedo,
ata mis pies insuperable miedo,
y el saber que mi honor eché en olvido

al lugar me sujeta en que he caído,
si deshonrada no, torpe y ligera...

SIRENA (Mirando por la cerradura.)
Ya vienen hacia aquí, calla y espera.
(Se apartan a un lad

ESCENA XIII

Dichos, DON LUIS y DON LOPE. Don Luis sale con la espa desnuda y embozado, y tras él don Lope, también con la espa desnuda.

LOPE No os encubráis, caballero.

LUIS Detened, señor, la espada;
que en la sangre de un rendido
más que se ilustra, se mancha.
Yo soy de Castilla, donde,
por los celos de una dama,
di a un caballero la muerte
cuerpo a cuerpo en la campaña.
Vine a ampararme a Lisboa,
y he sabido esta mañana
que aquí un hermano del muerto
cautelosamente anda
encubierto, por vengarse
con traición y con ventaja.
Con este cuidado, pues,
por esas calles pasaba,
cuando tres hombres me embisten
a la puerta de esta casa.
Viendo inútil la defensa
contra tres de mano armada,
por la escalera subíme,
y ellos, o por ver que estaba
en sagrado, o por no hacer
tan dudosa la venganza,
no me siguieron, y estuve
en esa primera sala
esperando a que se fuesen;
y sintiendo sosegada
la calle, marcharme quise;

pero al salir de la sala
hallé un hombre que me dijo:
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba
que fueran mis enemigos,
no le respondí palabra:
de una sala en otra entré
hasta aquí. Esta es la causa
de haberme hallado, señor,
escondido en vuestra casa.
Agora, dadme la muerte:
que, como yo dicho haya
la verdad y no padezca
alguna virtud sin causa,
moriré alegre, rindiendo
el ser, la vida y el alma
a un honrado sentimiento
y no a una infame venganza.
(Si en la calle este hombre, ¡cielos!
tantos pesares me daba,
¿qué vendrá a darme escondido
dentro de mi mesma casa?)
Caballero castellano,
yo me alegro de que haya
sido contra una traición
seguro vuestro mi casa.
En ella, a ser hoy soltero,
os sirviera y hospedara,
porque un caballero debe
amparar nobles desgracias.
Y ahora, porque os marchéis
más secreto de mi casa,
podréis salir del jardín
por aquella puerta falsa.
(Señalando a la segunda derecha.)
Yo la abriré... y también hago
prevención tan recatada,
porque criados, que al fin
son enemigos de casa,
no cuenten que os hallé en ella,
y sea fuerza que vaya
a todos satisfaciendo
de cual ha sido la causa,

porque aunque yo he recibido
la satisfacción que basta,
¿quién de una malicia huye?
¿quién de una sospecha escapa?
¿quién de una lengua se libra?
¿quién de una intención de guarda?
Y si llegara a creer...

(Desesperándose por grados.)

¿Qué es a creer? Si llegara
a imaginar, a pensar
que alguien pudo poner mancha
en mi honor... ¿qué es en mi honor?
en mi opinión y en mi fama,
no tuviera, vive Dios,
vida que no le quitara,
sangre que no le vertiera,
alma que no le sacara,
y la rompiera después
a ser visibles las almas...

(Fingiendo tranquilizarse.)

Venid, iréos guiando
hasta que salgáis...

LUIS (Helada
tengo la voz en el pecho...
¡Me asombra tanta arrogancia!)

(Vanse los dos segunda derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA LEONOR; SIRENA; después, DON LOPE.

LEONOR Aun mejor ha sucedido,
Sirena, que yo esperaba...
¡Ya puedo hablar, y ya puedo
mover las heladas plantas!
¡Ay, Sirena, en qué me vi!
¡Vuelva a respirar el alma! (Vuelve don Lope.)

LOPE Mi Leonor. (Cariñosamente.)

LEONOR Señor, ¿qué intentas?
¿Ya no supiste la causa
con que él entró? ¡Como ves,
yo no puedo ser culpada!

OPE (Con afectuosa ternura.)
¿Tal pudiera imaginar
quien te estima y quien te ama?
No, Leonor, sólo te digo (Acariciándola.)
que ya que aquí él se declara
con nosotros...

EONOR (Interrumpiéndole y muy azorada.)
¿Ya él no dijo
que en Lisboa se amparaba
por haber hecho una muerte?
¡De lo demás no sé nada!...

OPE (Más cariñoso, para disimular mejor.)
No te disculpes, bien mío;
¿no comprendes que me matas?
Tú, Leonor, ¿pues de qué habías
de saberlo? Pero basta
que él se fíe de nosotros
para que libre se vaya,
Y tú, Sirena, no digas
de lo que sucede nada
a ninguno, ¡ni a don Juan!

ESCENA XV

Dichos y DON JUAN, por el foro.

LOPE (Saliéndole al encuentro con fingida alegría.)
¡Por Dios, don Juan!, linda gracia
es hacerme andar así
mirando toda la casa,
siendo cierto que fuí yo
quien con vos cruzó la espada.
Entrad conmigo y mirad
vos mismo.

UAN ¡Ya no hace falta
sabiendo que fuisteis vos;
reconozco mi ignorancia.

LOPE (Invitándole con insistencia.)
Con todo, habemos los dos
segunda vez de mirarla.

LEONOR (¡Qué prudencia tan notable!)

JUAN (¡ Qué valor y qué arrogancia !)
SIRENA (¡ Qué temor !)
LOPE (¡ De esta manera,
el que de vengarse trata
hasta encontrar la ocasión,
sufre, disimula y calla !)

(Hace una indicación a don Juan para que le siga; éste obedece y vanse los dos, quedándose Leonor y Sirena haciendo ademanes de asombro por lo que sucede.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. En el foro, el mar, y a la izquierda, un trasto fácil para la mutación, que representa suntuosa entrada al palacio del rey.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN y MANRIQUE.

JUAN — Manrique, a don Lope dí,
si sabes donde se halla,
que antes de que vea al rey
quiero hablalle dos palabras.

MANRIQUE — Antes vile aquí cercano:
después me volvió la espalda,
yo la mía le volví,
como el hombre que se enfada
con su señor, porque tiene
secretos y se los guarda.
Si no merece el criado
del amo la confianza,
debe al punto despedille
luego de dalle la paga,
aunque hay muchos que no quieren
que el servidor se les vaya
por saber que al despedille
han de pagar la soldada.

JUAN — Deja ya murmuraciones
y vete.

MANRIQUE (Mirando a la derecha.)
Si no me engañan
mis ojos, aquél parece.
JUAN ¿Cuál dices? (Mirando también.)
MANRIQUE Aquel que habla
con un barquero que tiene
su barquilla engalanada;
porque a despedir al rey
va mucha gente a la playa,
ansiosa de acompañarle
hasta su quinta inmediata,
donde está precisamente
de don Lope la morada.
Voy a decirle que venga.
JUAN Y que evite la tardanza.

(Manrique vase derecha.)

ESCENA II

DON JUAN, mirando a la derecha y como si viese venir a don Lope

¿Podré yo ver y callar
que su limpio honor padezca,
sin que mi vida le ofrezca
para ayudarle a vengar?
¿Podré yo ver murmurar
que aquese galán adore
a Leonor y la enamore
correspondiendo Leonor,
y padeciendo su honor
yo lo sepa y él lo ignore?
Yo a don Lope le diré
clara y descubiertamente
que no hable al rey, ni se ausente.
¿Mas si me dice por qué,
cómo le responderé?
Esta es mi duda mayor,
porque si le soy traidor
diciéndole que no hay nada
contra su honra inmaculada,
mancho yo mismo su honor.

¿Qué debe hacer un amigo
en tal caso, pues entiendo
que si me callo le ofendo
y le ofendo si lo digo?
Si yo al infame castigo,
muy mal a don Lope dejo...
que es del valor claro espejo...
Mas él mismo viene allí;
no ha de quejarse de mí,
él me ha de dar el consejo.

ESCENA III

Dicho y DON LOPE, con MANRIQUE, por la derecha.

LOPE — Vuélvete, y a Leonor dí
que luego a la quinta voy,
que esperando hablar estoy
al rey.

MANRIQUE — Don Juan está allí
y quiere hablarte.

LOPE — (¡Ay de mí!
¿Qué puede haber sucedido?
¿A qué puede haber venido?)
¿Don Juan, pues qué hay por acá?
(¡Oh, cómo un cobarde está
siempre a su temor rendido!)

JUAN — Don Lope, amigo, yo vengo
(solos estamos los dos)
a aconsejarme con vos
en una duda que tengo.

LOPE — (Ya para oir me prevengo
alguna desdicha mía.)
Decid.

JUAN — Un caso me envía
un amigo a preguntar,
y quiérolo consultar
con vos.

LOPE — ¿Y es?

JUAN — Jugando un día
dos hidalgos, sucedió

que una duda se ofreció
sobre una mala jugada,
y en la disputa entablada
el uno al otro insultó :
mas con las voces no oyó
el agravio el ofendido ;
y un tercero lo ha sabido,
y, como es su amigo fiel,
quiere decírselo a él,
y esta duda le ha ocurrido.
¿Se encuentra en la obligación
de decirle claramente
al otro, que está inocente,
su agravio, o es más razón
que padezca su opinión?
Si lo calla es agravialle,
si lo dice, ¿será error
de amigo? ¿Cuál es mejor,
que lo diga o que lo calle?

LOPE Don Juan, yo he considerado,
y éste mi voto será,
que aquel que ignora no está
en ningún caso culpado.
El que haya disimulado
su ofensa, por no vengalla,
es quien culpado se halla ;
porque en situación tan grave
no yerra el que no lo sabe
sino el que lo sabe y calla.
Y yo de mí sé decir
que si un amigo cual vos,
siendo quien somos los dos,
me llegara a descubrir
algo que pudiera herir,
algo que a mi honor tocara,
el primero en quien vengara
el agravio, fuera en él,
porque es cosa muy cruel
para dicha cara a cara,
siendo extremado rigor,
que ninguna causa abona,
el decir a una persona :

«Sé que no tenéis honor.»
¡Darme el amigo mayor
el mayor pesar! Testigo
es Dios, otra vez lo digo,
que si *yo me lo dijera,*
a mí la muerte me diera
y *soy mi mejor amigo.*

JUAN Esto quede entre los dos.
Vuestra respuesta diré,
mas sin nombraros a vos,
y a mi amigo encargaré
que calle... ¡Don Lope, adiós!

(Vase por la derecha.)

ESCENA IV

DON LOPE.

El caso que me ha contado
es fingido. Yo bien sé
que don Juan está enterado
y que mi tormento ve
juzgándome deshonrado.
Si él supo lo que ha pasado,
sabrá la venganza mía,
que a todos ha de asombrar,
pues que la sabré encontrar
a la clara luz del día.

ESCENA V

Dicho y EL REY, con acompañamiento de soldados y oficiales. Salen todos de palacio.

REY ¿Está toda la gente prevenida?
A mi reino he de dar la despedida
antes de combatir al enemigo;
que como de mi pueblo soy amigo
sus vítores me animan
y sus ecos al triunfo me encaminan.
¿Qué hacéis aquí, don Lope?

LOPE Señor... vengo...

REY Sabéis la estimación en que yo os tengo.
LOPE (Inclinándose.)
Dame tus pies : será feliz mi boca
si con su aliento esas esferas toca.
REY (Sin permitirle arrodillarse.)
¡Ah, don Lope de Almeida, si tuviera
en Africa esa espada, yo venciera
la del moro arrogante bizarría !
LOPE ¿Pues pudiera quedar la espada mía
ociosa, que es lo mismo que en estado
que deshonra y afrenta al buen soldado,
mientras que a dar prepárase tu acero
días de gloria a Portugal entero?
Con vos a morir voy.
REY ¿No estáis casado?
LOPE Sí, señor, mas no el serlo me ha estor-
[bado
el ser quien soy, pues la ambición me lla-
a ganar más honor, logrando fama [ma
REY ¿Cómo, recien casada,
quedará vuestra esposa?
LOPE Muy honrada
en ver que os ha ofrecido
un portugués soldado en su marido ;
ella, que es noble y varonil, sintiera
que a vuestro lado yo, señor, no fuera.
REY Vuestro valor el triunfo me daría,
que nadie os aventaja en valentía ;
y sería mi gusto
llevaros a la guerra, mas no es justo
apartaros ahora
de la que vuestro corazón adora,
que en vuestra casa, aunque mi empresa
[es alta,
podéis hacer, don Lope, mucha falta.
(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA VI

DON LOPE.

¡ Válgame el cielo ! ¿qué es esto
por que pasan mis sentidos?
Alma, ¿qué habéis escuchado?
Ojos, ¿qué es lo que habéis visto?
¿Hay hombre más infelice?
¿No fuera mejor castigo,
señor, desatar un rayo,
que con mortal precipicio
me abrasara, viendo antes
el incendio que el aviso?
¿No fuera aquesto mejor
que aquello que el rey me dijo
de que haré falta en mi casa?
¿Llegó mi afrenta a su oído?
¡ Ay, honor, mucho me debes !
Júntate a cuentas conmigo.
¿Qué quejas tienes de mí?
¿En qué te ofendí, honor mío?
¿Yo, por no ponerte a riesgo,
toda mi vida no he sido
con el humilde, cortés,
con el caballero, amigo,
con el pobre liberal,
con el soldado, bien quisto?
Casado, ¡ ay de mí ! casado,
¿en qué falté, y en qué he sido
culpable? ¿No busqué esposa
de noble sangre y de antiguo
valor? ¿Y no soy su esclavo?
¿no la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado,
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te avergüencen,
por ignorancia o por vicio,
¿por qué me afrentas, honor?
¿En qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?

¿Hay sentencia sin delito?
¿Informaciones sin cargo?
Y sin culpas, ¿hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡Que un hombre que por sí hizo
cuánto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!
¿Quién puso el honor en vaso
que es tan frágil? ¿Y quién hizo
experiencias en redoma,
no habiendo experiencia en vidrio?

(Resueltamente y haciendo un supremo esfuerzo.)

Pero acortemos discursos;
castiguemos el delito.
Iré con el rey, y luego,
volviéndome del camino,
que ocasión habrá también,
la tendré para el castigo.
La más pública venganza
será que el mundo haya visto,
sabrá el rey, sabrá don Juan,
sabrá el mundo y aun los siglos
futuros, quien fué don Lope
ultrajado y ofendido.

(Va a hacer mutis y se tropieza con don Juan, que sale por la derecha con la espada desnuda.)

ESCENA VII

Dicho. DON JUAN, dirigiéndose a los que figuran estar dentro.

JUAN ¡Cobardes, el *satisfecho*
soy yo, que no el ofendido!
¡Ved, don Lope, como huyen!
¡Siempre en el mundo se ha visto
ser cobarde el maldiciente
y traidor el asesino!

LOPE (Echando mano a la espada.)
Mi espada y mi sangre están,
don Juan, a vuestro servicio.

JUAN No son menester, don Lope:
ved la espalda a mi enemigo.

LOPE ¿Cuál es el caso, decid? (Envainando.)

JUAN Estaban en un corrillo
unos hombres, y al pasar,
el uno a los otros dijo:
«Aqueste es don Juan de Silva.»
Oyendo mi nombre mismo,
que es lo que se oye más fácil,
apliqué entrambos oídos.
Otro preguntó: «¿Quién es
don Juan de Silva?» «Por Cristo
que ignoráis lo que ya el mundo
ha olvidado, de sabido—
le replicaron.—Don Juan
es el que en público sitio
fué por don Manuel de Sosa
agraviado y *desmentido.*»
Yo, entonces, saqué la espada,
que digna y honrada ciño,
y respondí de este modo:
«Miente quien tal cosa dijo.
Yo soy el *desagraviado*
y jamás el *desmentido,*
pues con sangre del de Sosa
lavé mi honor, claro y limpio.»
Irónica risotada
llegó a sonar en mi oído,
y cerrando contra todos,
castigué a mis enemigos,
y aun el eco me parece
que dice, arrogante y frío:
¡El *ofensor* fué el de Sosa,
y don Juan el *desmentido*!
Esta es mi pena, don Lope.
De aquí no me precipito
al mar, o con esta espada
me arranco el postrer suspiro
de mi vida, porque quiero
que dé fin conmigo mismo
la vergüenza de que el mundo
crea lo que nunca ha visto.
¿Pude hacer más que poner
mi noble vida en peligro

de quedar muerto y honrado
antes que afrentado y vivo?
Mas no fué así : que mil veces,
por vengarse uno, atrevido,
de aquel que manchó su honra,
publicó su agravio él mismo,
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo. (Medio mutis.)

LOPE Escuchadme... ¿Dónde vais?

JUAN Muy lejos de aqueste sitio.
A donde el viento no lleve,
despiadado, a mis oídos
el rumor de los cobardes
que, al huir, dicen a gritos :
El ofensor fué el de Sosa
y don Juan el desmentido. (Vase izquierda.)

ESCENA VIII

DON LOPE, meditabundo.

Porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo.
Luego si me vengo yo
de aquella que me ofendió,
la publico, y claro está
que la venganza dirá
lo que la desdicha no.
Y después de haber vengado
mis ofensas, atrevido,
el vulgo dirá, engañado :
Este es aquel ofendido,
y no aquel *desagraviado.*
Y cuando la mano mía
se bañe en sangre este día
ella mi agravio dirá,
pues la venganza sabrá
quien la ofensa no sabía.
Pues ya no quiero buscalla
¡ ay cielos ! públicamente,
sino encubrilla y celalla ;

que un ofendido prudente
sufre, disimula y calla.
Y tal mi venganza sea,
obrando discreto y sabio,
que apenas el sol la vea,
que bastará que la crea
aquel que supo el agravio.
Y hasta que pueda lograllа
para mejor realizalla
con más secreta ocasión,
ofendido corazón.
sufre, disimula y calla.
¡ Barquero ! (Con resignación.)

ESCENA IX

Dicho y BARQUERO.

BARQUERO (Saliendo por la derecha.) Señor.
LOPE ¿No tienes
un barco aprestado?
BARQUERO Sí
No faltará para ti,
aunque en una ocasión vienes
que, siguiendo a Sebastián,
nuestro rey, que el cielo guarde,
hasta su quinta esta tarde
los barcos vienen y van.
LOPE Pues prevenle, porque tengo
de ir hasta su quinta yo.
BARQUERO ¿Ha de ser presto?
LOPE ¿Pues no?
BARQUERO Al momento le prevengo. (Vase.)

ESCENA X

DON LOPE y DON LUIS, que viene leyendo un papel.

LUIS (Lee.) «Esta noche va el rey a la quinta ;
entre la gente podéis venir disimulado,

donde habrá ocasión para que acabemos,
vos de quejaros y yo de disculparme.
Dios os guarde.—*Leonor.*»
¡ Que no haya un barco en que pueda
pasar ! ¡ Oh suerte importuna !
¡ Es triste que la fortuna
nunca un gusto me conceda !

LOPE (Leyendo viene un papel
quien mi venganza previene.
¿Quién dudará de que viene
leyendo mi afrenta en él?
Y pues la serpiente halaga
para acometer de lleno,
yo, hasta verter mi veneno,
es bien que lo mismo haga.)

(Mientras don Lope ha dicho este aparte don Luis ha seguido leyendo. Don Luis, al ver a don Lope, guarda precipitadamente el papel.)

En muy poco, caballero,
mi ofrecimiento estimáis,
pues que nada me mandáis
cuando serviros espero.
Yo quedé tan obligado
de vuestra gran cortesía,
discreción y valentía,
que en Lisboa os he buscado
para que a vuestro valor
servir mi espada pudiera
cuando otra vez pretendiera
vengarse el competidor,
que aquí os busca aventajado,
y tanto, que de esta suerte
pretende daros la muerte
cuando estéis más descuidado.

LUIS Yo, señor don Lope, estimo
merced que pagar espero.
Mas hoy, como forastero,
a pediros no me animo
que en esta ocasión me honréis,
por no empeñaros, señor,
con ese competidor
de quien vos me defendéis :

fuera de que ya los dos
nuestras paces hemos hecho
y de él estoy satisfecho
igual que lo estoy de vos.

LOPE Créolo; *pero mirad* (Con intención.)
vuestro riesgo con cuidado,
que amistad de hombre agraviado
no es muy segura amistad.
Y decidme: ¿qué buscáis
por aquí?

LUIS Un barco quisiera
en que hasta la quinta fuera
del rey.

LOPE A tiempo llegáis:
que os podré servir creed,
pues ya le tengo fletado...

LUIS Alegría me habéis dado
y agradezco tal merced,
pues tengo curiosidad
de ver la flota partir
en que a la guerra ha de ir
del gran rey la majestad.

LOPE Pues conmigo iréis. (Llegó
la ocasión de mi venganza.)

LUIS (¿Cuál hombre en el mundo alcanza
mayor ventura que yo?)

LOPE (¡A mis manos ha venido
y en ellas ha de morir!)

LUIS (¡Que me viniese a servir
de tercero su marido!)

ESCENA XI

Dichos y el BARQUERO.

BARQUERO El barco, dispuesto.

LOPE (Al barquero.) Entrad
vos en el barco primero,
porque yo a un criado espero...
(Medio mutis del barquero.)
Pero no; vos esperad,

pues conocéis al criado ;
que al barco nos vamos ya.

(Se dirige a la derecha.)

BARQUERO No entréis en él, porque está
solo y a una cuerda atado
que no estará muy segura.

LOPE Buscad el criado vos,
que allí esperamos los dos.

(Mutis el barquero.)

LUIS (¿Quién ha visto igual ventura?
¡ El me lleva de esta suerte
a donde a su honor me atrevo !)

LOPE (Yo de esa suerte le llevo
donde le daré la muerte.)

(Vanse los dos por la derecha, dando muestras de atención y de cortesía.).

CUADRO SEGUNDO

Orilla opuesta a la en que se desarrolla la acción en el anterior cuadro. A lo lejos se ve la ciudad. En primer término izquierda, un edificio, que figura ser la quinta del rey, y en primer término derecha, otro que figura ser la de don Lope. En el fondo, el mar.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y DON JUAN, saliendo de la quinta de don Lope; SIRENA y MANRIQUE.

LEONOR Mucho me extraña, don Juan,
y aun me causa incertidumbre,
veros venir sin don Lope
a esta mi casa.

JUAN No pude
esperarle, aunque él me dijo
que antes que en el mar sepulte
el sol sus rayos, vendrá.

LEONOR ¿Cómo pueden, si ya cubren

al mundo pálidas sombras
y al cielo lóbregas nubes?

JUAN — A mí me tuvo violento
un gran disgusto que tuve,
y esperar no puede a nadie
el que de sí mismo huye.

LOPE — ¡Válgame el cielo! (Dentro.)

LEONOR — ¿Qué voz
tan lastimera discurre
el viento? Mirad, don Juan...
En la playa se descubre
un bulto que de una barca
al rudo y violento empuje
a tierra saltó.

JUAN — ¡Así es!

LEONOR — ¡Como las tímidas luces
del sol envuelven su faz,
no es fácil que se vislumbre
quién pueda ser!

JUAN — ¡Mas se vé
que agudo puñal reluce
en su temblorosa mano...
y viene como el que huye,
y, cometido el delito,
busca un sitio en que se oculte!

LEONOR — ¡Ya está aquí!

JUAN — ¡Qué es lo que veo!
¡Don Lope!

LEONOR — ¡Esposo! (Al dirigirse hacia segundo término derecha aparece don Lope, muy descompuesto y fatigado.)

ESCENA II

Dichos y DON LOPE.

LOPE — (Abrazando a su esposa.) ¡Leonor!

LEONOR — ¡Esposo!

JUAN — ¡Qué veo!

(Leonor, don Juan y Sirena rodean a don Lope.)

LOPE ¡Oh dulces
brazos, el piadoso puerto
que mis penas disminuye!

LEONOR ¿Qué ha sucedido? Sacadme
de esta mortal pesadumbre!...

LOPE (Repirando fatigosamente y limpiándose el sudor de la frente.)
Vuestra presencia amorosa
ánimo y valor me infunde
para contar la tragedia
en que tanta parte tuve.

LEONOR Si habéis salvado la vida,
ya mi alma, señor, no sufre...
porque los males pasados
se olvidan después que ocurren...

JUAN Contad...

LOPE Tragedia espantosa
que de luto el pecho cubre...
(Tomando aliento.)
Hablé al rey, busquéos a vos, (A don Juan.)
y como hallaros no pude,
fleté un barco. Estando ya
para hacer que el agua surque,
a mí un galán caballero,
cuyo nombre nunca supe,
mas pienso que es don Luis
de Benavides, acude
rogándome le permita
que un sitio en el barco ocupe,
porque siendo él forastero
no debo extrañar procure
ver en la quinta del rey
la gente cuando se junte.
Servíle muy placentero,
y apenas entrado hube
con él, la cuerda que ataba,
el barco, el mar la sacude
con violencia; al fin se rompe,
mas bien diga que la pudre,
porque las aguas del mar
cuanto acarician destruyen,
como la mujer que besa

por cubrir ingratitudes.
Tomé los remos... en vano
resistir quise... fué inútil;
el barco, viéndose libre,
sus blancas velas sacude,
como el león las melenas
al dar el primer empuje.
Dueño y señor, el Atlántico,
unas veces a las nubes
nos levanta, y al abismo
otras, rápido, nos hunde,
como aquel que da esperanzas
consoladoras y dulces,
y las quita, pesaroso
de que se alegre el que sufre.
¡Un golpe de mar, al barco
de arena y de agua cubre,
y el gallardo caballero,
a quien yo librar no pude,
de la cubierta lanzado,
cae al mar y en él sucumbe!

(Estos últimos cuatro versos los dice mirando con terrible intención a su esposa.)

LEONOR (Cubriéndose los ojos con las manos, rompiendo a llorar y apoyándose, desvanecida, en don Juan, que trabajosamente la sostiene, auxiliado por Sirena y Manrique.)
¡Jesús, qué oigo!

LOPE (Acudiendo a ella amorosamente.) ¡Leonor,
mi bien, mi esposa, no turbes
tu hermosura, ¡ay cielo mío!
¡Ay, don Juan, la pesadumbre
de verme así, no fué mucho
que la rindiese! ¡No sufren
corazones de mujer
que estas lástimas escuchen!
Llevadla al lecho los dos.

(Leonor sigue acongojada; es llevada por Sirena y Manrique a la casa.)

Y ya, don Juan, que en vos puse
toda la esperanza mía,
ved que vuestro amigo sufre;

corred y presto traedme
quien me ampare y quien me ayude.

JUAN ¡ Vuestro dolor es el mío ! (Vase.)

ESCENA III

DON LOPE.

¡ Que bien en un hombre luce
que, callando sus agravios,
aun las venganzas sepulte !
De esta suerte ha de vengarse
quien espera, calla y sufre.
Bien habemos aplicado
honor con cuerda esperanza ;
a agravio disimulado,
disimulada venganza.
¡ Bien la ocasión advertí
cuando la cuerda corté,
cuando los remos tomé
para apartarme de allí,
haciendo que pretendía
acercarme ! ¡ Y bien logré
mi intento, pues que maté
al que ofenderme quería
(testigo es este puñal),
¡ al agresor de mi afrenta,
a quien di, en urna violenta,
monumento de cristal !
Pues ya que, conforme a ley
de honrado, maté primero
al galán, matar espero
a Leonor ; no diga el rey,
viendo que su sangre esmalta
el lecho que aun no violó :
«No vengas conmigo, no,
porque en tu casa haces falta.»
Leonor, ¡ ay de mí ! Leonor,
bella como licenciosa,
tan infeliz como hermosa,
ruina fatal de mi honor,
vas a morir. Mis intentos
sólo los he de fiar,

porque los sabrán callar
de todos cuatro elementos.
Allí al agua y viento entrego
de la gran desdicha mía ;
Y aquí, la otra mitad fía
mi dolor de tierra y fuego ;
pues esta noche mi casa
pienso, intrépido, abrasar,
fuego al cuarto he de pegar,
y yo, en tanto que se abrasa,
osado, atrevido y ciego,
la muerte a Leonor daré,
porque presuman que fué
sangriento verdugo el fuego.
Don Luis tan sólo sabía
que ella mi honor empañaba,
y ya el mar las manchas lava
de la gran desdicha mía ;
el viento la lleve luego
donde no se sepa de ella ;
la tierra ande por no vella,
y cenizas la haga el fuego ;
porque así el mortal aliento
que a turbar el sol se atreve,
consuma, lave, arda y lleve
tierra, agua, fuego y viento.

(Entra en su casa.)

ESCENA IV

EL REY, EL DUQUE y acompañamiento de soldados, dispuestos para la guerra, que salen de la quinta. El pueblo por distintos lados.

REY — Llegó de partir la hora...
Mis soldados, a la guerra
marchemos. Ya el africano
prevenido nos espera.
Valiente es el enemigo,
con ciego furor pelea,
es audaz en el ataque
y prudente en la defensa,
pero el triunfo será nuestro

y la fama, en tal manera
ha de cantar nuestra gloria,
que será en el mundo eterna,
pues quien vence a un enemigo
valiente, su honor aumenta,
porque vencer a un cobarde
más que victoria es vergüenza.

DUQUE ¡Viva el rey!

TODOS ¡Viva!

REY ¡Adiós, dulce patria mía!
Los cielos hagan que vuelva
ciñendo el laurel mi frente
que agradecido te ofrezca,
dando a mi honor nueva fama
y nuevo triunfo a la iglesia.
¡Viva el reino!

VOCES (Dentro.) ¡Fuego! ¡Fuego!

(Desde este momento empiezan a salir y entrar en casa de don Lope gentes despavoridas y asustadas.)

REY ¿Qué voces, duque, son ésas?

DUQUE Fuego dicen, y no hay duda:
el resplandor aquí llega.

VOCES ¡Fuego! ¡Fuego! (Dentro.)

DUQUE ¡Es en la casa
del buen don Lope de Almeida!
Gran incendio, al parecer,
por todas partes la cerca.

REY (Queriendo resueltamente penetrar en la casa. Algunos soldados le siguen.)
Penetremos, pues, a ver
si hay contra el fuego defensa.

DUQUE (Deteniendo al rey respetuosamente.)
Señor, ¡tal temeridad!

REY Duque, acción piadosa es ésa,
no temeridad.

ESCENA V

DON JUAN, por la izquierda, apresuradamente y con muestras de vivísima inquietud.

JUAN Aunque
cenizas mi vida sea,

he de salvar a don Lope,
que es su cuarto el que se quema.

REY ¡ Detened aquese hombre !

DUQUE Desventurado, ¿qué intenta?

JUAN ¡ Dejar en el mundo fama
de una amistad verdadera !
¡ Mi amigo se halla en peligro !
Ved como el fuego se aumenta.
¡ Parece que va tomando
venganza de su violencia !
Don Lope de Almeida está
con su esposa, y yo quisiera
librarlos. ¡ Señor, dejadme !

(El duque le sujeta. Al fin don Juan se desase, y al ir a penetrar en la casa de don Lope, sale éste con Leonor en los brazos. Espanto general; todos le rodean aterrorizados.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON LOPE, LEONOR, MANRIQUE, SIRENA y algunos criados. Es ya de noche.

LOPE ¡ Piadosos cielos, clemencia ;
haced que salve su vida
aunque la mía se pierda !
¡ Leonor !

REY ¿Es don Lope?

LOPE (Con desesperada aflicción.) Yo
soy, señor, si es que me deja
el sentimiento, no el fuego,
alma y vida con que pueda
conoceros para hablaros.

(Contemplándola con arrobamiento.)

Esta muerta beldad, esta
flor en tanto fuego helada,
que sólo el fuego pudiera
abrasar, porque de envidia
no quiere que resplandezca,
ésta, señor, fué mi esposa,
noble, altiva, hermosa, honesta,
que en los labios de la fama

deja esta alabanza eterna.
¡ Esta es mi esposa, a quien yo
quise con tanta terneza
de amor, porque sienta más
el no verla, y el perderla
con una tan gran desdicha,
que, cuando librarla intenta
mi valor, rindió la vida
en mis brazos, que aun la estrechan !

(La colma de caricias y besos; Manrique, Sirena y algunos del pueblo se acercan a don Lope y le quitan, después de alguna resistencia amorosa, el cadáver de Leonor, al que colocan en un banco La multitud se aproxima a contemplarla con tristeza.)

REY (Siguiendo a los que se llevan a Leonor y mirando a don Lope.)
¡ Hermosa mujer ; el fuego
no destruyó su belleza !

LOPE Señor : ya podré serviros,
pues libre de esta manera,
en mi casa no haré falta,
con vos iré donde pueda
tener mi vida su fin,
si hay desdicha que fin tenga.

(El rey, con el duque, se unen a la multitud, contemplando el cadáver. Entretanto don Lope llama aparte a don Juan y le dice.)

Y vos, valiente don Juan,
único de esta tragedia
sabedor, a aquel amigo
que consejos os pidiera
decid que para vengarse
sin que ninguno lo sepa,
aplique a un secreto agravio
una venganza secreta,
y no dirá la venganza
lo que no dijo la afrenta.

JUAN ¡ Sois grande, don Lope !

LOPE (Tristemente.) ¡ Sí !
Me hicieron grande las penas
que fortifican las almas,
y el que sufre a Dios se acerca.

REY (Separándose del grupo y haciendo esfuerzos para dominar su impresión.)

Duque, que toquen a marcha
y a partir para la guerra.

(Acercándose a don Lope y a don Juan.)

¡ Don Lope, aquí habéis cumplido,
con asombrosa nobleza,
los deberes que os impuso
Dios desde su alta esfera !
El reino de vos aguarda
que con la misma pureza
sus derechos defendáis,
y seréis, de esta manera,
recompensado en el cielo
y admirado por la tierra !

LOPE ¡ Oh gran rey ! Tuya es la sangre
que circula por mis venas...
Por mi patria y por mi trono
sabré con gloria verterla,
¡ que quien se venció a sí mismo
también vencerá en la guerra !

(Se oyen vivas calurosos. Suena la música, y poniéndose todos en marcha cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas